
Hablar con Jesús

**ORAR CON
EL AVEMARÍA**

Vicente Ferrero

6ª edición

DESCLÉE DE BROUWER

Índice

1. Dios te salve, María
Dios me llama por mi nombre 7
2. Llena eres de Gracia
¿Por qué a veces no respondo a su llamada? 19
3. El Señor está contigo
¿Qué necesito para vivir de fe?..... 31
4. ¡Bendita tú!
Escuchar a Dios y ponerlo en práctica..... 41
5. Bendito el fruto de tu vientre, Jesús
Jesús, mi mejor amigo..... 51
6. Santa María madre de Dios
Dios ha querido contar conmigo 65
7. Ruega por nosotros, pecadores
¿Para qué sirve que rece?..... 77
8. Ahora y en la hora de nuestra muerte
Que todos mis momentos sean de Dios 89
9. La Inmaculada Concepción
Santidad en la vida corriente..... 101

Es incontable el número de veces que en nuestra vida podemos rezar el Avemaría. La Virgen María nos lo ha pedido especialmente al recomendarnos la devoción del Rosario. Además de gustarle a ella, tiene la particularidad de que siempre la podemos rezar de corazón, sea cual sea nuestra situación. Hasta en los momentos en los que nos encontremos peor, no hay en esa oración una sola frase que no seamos capaces de decir sinceramente.

Son tantas las cosas que le repetimos a la Virgen, y tantas las que se pueden sacar partiendo de ella, que merece que lo hagamos con calma. “¿Qué decimos en el Avemaría?”: desglosando cada una de sus frases, se tocan cuestiones centrales de nuestra fe y se descubre que muchas de las cosas que se afirman de ella, son aplicables a la vida de todo cristiano, por tanto a la nuestra.

1

Dios te salve, María

(Dios me llama por mi nombre)

Empezamos esa oración saludando a la Virgen, y ahí nos detendremos: **Dios te salve, María.** Se lo decimos en memoria del saludo que le dirigió el arcángel Gabriel. En ese momento —que conocemos como la Anunciación— la obra de la Redención dependía de la respuesta que una chica joven, ignorante hasta entonces de su papel central en la historia de la humanidad, le diera a Dios.

El evangelio de San Lucas cuenta así la escena: “En el sexto mes fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David. La virgen se llamaba María”. No pasemos demasiado rápido por el hecho de que Dios se dirige a dos

personas concretas a las que se les llama por sus nombres. El ángel la saluda por su nombre, ya que trae una petición concreta para ella, de parte de Dios. No es una propuesta general para la humanidad sino para una persona particular, que –sin saberlo– se ha ido poniendo en la situación idónea para que Dios le pida precisamente eso. En ese momento entendió el porqué de sus cualidades, que ella siempre quiso emplear en servicio de Dios; encontró la explicación de su especial relación con Dios y comprendió lo que venía intuyendo en sus ratos de oración: que el sentido profundo de su vida estaba en lo que Dios esperaba de ella.

En realidad lo mismo ha hecho contigo: también tiene un mensaje para ti, un porqué de tu existencia. Dios podría hacer las cosas de otra manera, pero ha querido contar con nuestra cooperación libre. Por tanto, has de concluir que te ha creado y te ha hecho como eres porque sorprendentemente –porque Él lo ha querido así– **espera algo de ti.**

Contaba en una entrevista el director de la película *Secretos del corazón* que dedicó mucho tiempo a buscar un niño que le sirviera de protagonista. Ya que su película consistía en contar una historia desde los ojos de un niño, quería uno

que tuviera una mirada expresiva. Recorrió los colegios de Pamplona y cuando ya llevaba vistos 3.500 niños, y desconfiaba de encontrar a quien buscaba, apareció el que después protagonizó la película porque tenía el tipo de mirada que necesitaba. Lo que Dios ha hecho contigo es mucho más: no te ha elegido porque tengas algo que a Él le viene bien para sus planes, sino que **te ha creado**, lo que quiere decir, que te quiere a ti. Desde la eternidad Dios piensa en nosotros: al querernos personalmente, tiene en cuenta todas nuestras circunstancias: de carácter, nuestra familia, nuestras cualidades, y también aquellas dificultades que pasaríamos en las que le podríamos demostrar nuestro amor...y nos creó. Nos prefirió frente a tantas otras almas posibles.

En la respuesta a ¿por qué yo? está el sentido de tu vida y de cómo eres. Aunque te parezca demasiado impresionante, la respuesta es que Dios cuenta contigo y por eso te escogió. Ahora piensa si eres realmente consciente de eso.

De aquí debemos partir para pensar en nuestra relación personal con Dios. Él tiene un proyecto y cuenta con que yo quiera cooperar para llevarlo a cabo. No en plan “el show de Truman”, como un montaje en el que se elige por casualidad a alguien que coincide con sus planes,

sino de verdad: ha pensado en mí, lo sigue haciendo, tiene un plan en el que yo tengo un protagonismo y ha querido contar con lo que yo quiera hacer por Él. **¡Estoy llamado a cooperar con Dios!** Esta es la razón de mi vida: Dios me ha llamado a la existencia porque, en un acto de amor, ha querido contar conmigo, y espera que yo enfoque mi vida hacia Él libremente, porque quiero. Desconocer esta verdad es desconocer mi verdad más íntima.

Mi vida no es sólo una sucesión de momentos, es un diálogo con Dios. Como en todo diálogo, las siguientes palabras dependen de mis respuestas previas. Cada año no consiste en añadir un piso más a un edificio, exactamente igual que el anterior. La puedo ver mejor como una novela, en la que la trama de cada capítulo depende del anterior. O como una película, que voy elaborando con Dios, en la que yo soy el protagonista. Él es capaz de hacer lo que para nosotros es impensable: mantiene todas las historias del mundo en paralelo, donde cada uno es protagonista de su propia vida y personaje secundario en las de los demás. Visto desde mi perspectiva, los demás son personajes secundarios y de hecho participan en mi vida: a veces ayudándome, otras incluso poniendo dificultades, otras situándome

delante de mis obligaciones. Pero luego soy yo quien debe actuar, esforzándome por ponerme en la mejor situación posible para colaborar con Él, como hizo la Santísima Virgen.

Juan Pablo II nos recuerda que: “Dios actúa en las circunstancias concretas y personales de cada uno de nosotros. Queridos jóvenes, **no permitáis que el tiempo que el Señor os concede transcurra como si todo fuese casualidad.** Él guía la historia de cada persona y la de la humanidad. Ciertamente Cristo respeta nuestra libertad, pero en todas las circunstancias gozosas o amargas de la vida no cesa de pedirnos que creamos en Él, en su palabra, en la realidad de la Iglesia, en la vida eterna. Así, pues, no penséis nunca que sois desconocidos a sus ojos, como simples números de una masa anónima. Cada uno de vosotros es precioso para Cristo; Él os conoce personalmente y os ama con ternura, incluso cuando uno no se da cuenta de ello”.

Dios nos ha creado en un acto de amor, y no podemos pensar que yo soy sólo un “extra”, con una intervención circunstancial, perdido en una masa indefinida de personajes que ni aparecen en los títulos de crédito. Estamos siendo continuamente pensados por Dios y continuamente amados: Él nos quiere y confía en nosotros porque

sabe que tenemos las condiciones idóneas para creer y confiar en Él, y hacer de esta verdad el motivo de nuestra vida y de nuestras elecciones. Quien se autocompadece, o lamenta la falta de determinadas cualidades es porque le falta fe o desconoce estas verdades fundamentales. Nada pasa en nuestra vida que se le escape a Dios. Él dijo que hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados –lo que en algún caso, no exige demasiada capacidad–. ¡Con qué seguridad y confianza debemos vivir cuando tenemos claras estas ideas! ¡Y qué triste es no darse cuenta!

El cardenal Ratzinger, en un libro profundo sobre la creación y el pecado, cuenta una breve conversación con un taxista, en la que “éste me hizo la observación de que cada vez era más la gente joven que le decía: nadie me ha preguntado si yo quería haber nacido. Y me contaba también un profesor que al tratar de hacerle ver a un niño el agradecimiento que les debía a sus padres, diciéndole: “¡tienes que agradecerles que vives!”, éste le había contestado: “por eso no les estoy nada agradecido”. No veía ningún premio en la existencia humana. Y de hecho –continuaba así sus reflexiones– si solamente es la ciega casualidad la que nos ha arrojado en el mar de la nada, entonces existen motivos más que sufi-

cientes para considerarlo una desgracia. Sólo si sabemos que existe alguien que no nos ha arrojado a un destino ciego, y **sólo si sabemos que no somos casualidad sino que procedemos de la libertad y del amor**, sólo entonces podemos nosotros, los no necesarios, estar agradecidos por esta libertad y saber, agradeciéndolo, que no es sino un don el ser hombre”.

De la fe que tenga en que Dios me quiere personalmente depende mi capacidad de agradecimiento. Prueba también al revés: examina ahora cómo se lo agradeces y sabrás cómo es tu fe.

Tener claras estas ideas exige una contraprestación y, al mismo tiempo, trae grandes compensaciones.

- La **contraprestación** es que lo más importante es colaborar con Dios, no decidir sin contar con Él, no porque Dios vaya a perder algo, sino porque quien pierde soy fundamentalmente yo. Si utilizo las cualidades que tengo para mis planes y no para el servicio de Dios y los demás, las puedo desperdiciar. ¿Qué hacer? ¿Perder la calma? No, sino vivir la vida y cada día a tope, poniendo como criterio lo que pienso que Dios está esperando de mí antes de lo que me apetece. Ya que no sabemos qué ocasiones tendremos

en el futuro, intentemos aprovechar las que tenemos hoy.

Podemos ir comprobando que el desarrollo de esa novela que escribo con Dios depende de lo que yo le quiera dar, de mis elecciones libres. En una de las historias de Harry Potter hay una reflexión muy interesante. Es cuando el director de su colegio le intenta explicar a él que teniendo muchas cualidades similares a las que tenía el malvado Voldemort, entre ellos dos hay una gran diferencia, que ha hecho que no fuera al colegio donde se enseñan las artes oscuras. Harry, preocupado, le dice que en realidad no fue, “solamente porque yo pedí no ir”. “Exacto –le contesta el director–. Eso es lo que te diferencia de él. Son nuestras elecciones las que muestran lo que somos, mucho más que nuestras habilidades”. Todos tenemos unas determinadas condiciones, pero las podemos utilizar para diversos fines, y de que elijamos ser útiles a Dios depende que Él pueda contar, de hecho, con nosotros.

- La enorme **compensación** es
 - la seguridad de que valemos mucho,
 - la convicción que Dios me ha creado porque me quiere, tal como soy,
 - la certeza de que cualquier acto mío Dios lo ve.

Hay una novela en la que la protagonista es una escritora que como fuente de inspiración se dedica a seguir a desconocidos por la calle: le saca fotos, va apuntando los sitios a los que va y se comienza a imaginar a qué se dedica y así va sacando guiones. Hasta que un día se lo ocurre una idea distinta –y bastante rara– ya que contrató a un detective privado para que la siguiese ¡a ella! por la ciudad. Lo cuenta así: “durante varios días, este hombre le tomó fotos a ella mientras hacía sus recorridos y registró sus movimientos en un cuadernito sin omitir nada, ni siquiera los sucesos más banales y momentáneos. Cruzar la calle, comprar un periódico, detenerse a tomar un café. Era un ejercicio completamente artificial, pero ella encontraba excitante que alguien se tomase un interés tan activo en ella. Acciones microscópicas se llenaron de un sentido nuevo, las rutinas más áridas se cargaron de una emoción insólita”.

Dios sí que es verdad que nos ve, y además porque lo que hacemos le importa. Hasta nuestros sucesos más pequeños son seguidos por Él con atención, y cada vez que decido libremente hacer algo por Él, le doy un alegría, porque me quiere, porque mi vida le importa.

La verdad sobre la que se debe apoyar tu fe no es sólo que Dios existe, sino que **Dios te ama**. Esta es la verdad central que debe presidir el esfuerzo personal por mejorar, por acercarte a Jesús. Cuentas siempre con el amor de un Dios Padre que ni aun en tus peores momentos te abandona. Ante tus errores debes contar con la comprensión y el amor de Dios para volver a luchar. Le puedes decir lo que le pedía un hombre a su mujer: “quíereme cuando menos lo merezca, será cuando más lo necesite”.

Una idea así puede cambiar nuestra vida. Uno de los jóvenes que asistió a la Jornada Mundial de la Juventud de Denver, y allí se decidió a hacerse sacerdote, cuenta cómo esta idea supuso el cambio en su vida. Estas son sus palabras: “ese día escuché algo que había oído mil veces: **Dios te quiere como eres**. Aquel día simplemente supe que era verdad. Aquello fue el comienzo de una gran alegría. Si Dios me amaba, hacer su voluntad podía dar sentido a mi vida”.

Así fue en la vida de la Virgen y puede ser en la tuya: Dios la buscó por su nombre, la buscó a ella porque se había ido preparando sin saberlo; y desde su respuesta, su vida se convirtió en una apasionante aventura, tan distinta a la que podría

haber pensado, al acceder plenamente a colaborar con Él. Colaborar con Dios es lo que da a la vida su auténtico sentido y lo que la convierte en algo que merece la pena vivir, lo que quita toda rutina, lo que hace que hasta los sucesos más pequeños de mi vida sean importantes, porque Dios está atento a ellos. Dios te salve María, porque nos lo enseñaste con tu vida.

L.J. TRESE, *Dios necesita de ti.*

J.P. MANGLANO; M.G. SANTAMARIA, *¿Sigue vivo Dios?*